



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

“Entre el psicoanálisis y la perspectiva de género. Lo social y lo clínico en el método psicoanalítico”

Modalidad: Ensayo

Autora: Evelyn Ruffini

Legajo: R-5154/9

DNI: 37772365

Docente responsable: Soledad Silvestrini

2024

Índice

Resumen y palabras claves	3
Introducción	4
Desarrollo	6
- Infancias trans y método psicoanalítico. Preguntas en torno a la controversia del caso Luana	6
- De los feminismos a los estudios de género en psicoanálisis.....	9
- Operar en psicoanálisis.....	12
- La actitud freudiana y el método psicoanalítico.....	15
Conclusión	19
Referencias Bibliográficas	21

3

Resumen

El presente ensayo invita a reflexionar sobre la cuestión del método en psicoanálisis desde una perspectiva de género. ¿Cuál es el lugar de la perspectiva de género en el abordaje psicoanalítico de las problemáticas actuales? Y más específicamente, ¿puede la perspectiva de género aportar algo nuevo o diferente al psicoanálisis tradicional desde el punto de vista del método? Esta problemática retoma la relación-tensión entre el método psicoanalítico (elemento que supone cierta estabilidad a partir de su función de eje) y lo histórico-social (elemento dinámico, transitorio, trabajado desde el rol sociocultural que ocupa la perspectiva de género en la subjetividad actual). Ambos elementos se relanzan en un proceso dialéctico en los contextos de transformaciones sociales. Para ello, se aborda el caso de la primera niña trans en obtener el cambio de DNI a los 6 años de edad, en el cual la presencia y/o ausencia de una perspectiva de género jugó un rol clínico crucial que, sumado a su valor político e institucional, hacen de él un analizador de todo aquello que entra en juego en un tratamiento psicoanalítico ante las nuevas subjetividades y las herramientas de abordaje con las que se cuenta para realizar las lecturas clínicas. Este ensayo parte de la premisa de que sostener debates con la perspectiva de género podría contribuir a una revisión de los fundamentos del método freudiano. Se concluye que no hay incompatibilidad *a priori* entre la perspectiva de género y el método psicoanalítico. Por el contrario, ficcionar su inconmensurabilidad puede entrañar consecuencias patologizantes.

Palabras claves: Método psicoanalítico - perspectiva de género - producción de subjetividad actual.

4

Introducción

El presente escrito constituye un ensayo enmarcado en la pertinencia de interpelar la práctica psicoanalítica desde una perspectiva de género. Si bien es una cuestión ya trabajada por múltiples autorxs (Tajer, 2000), que con amplios y sólidos argumentos plantearon la importancia del diálogo entre ambos campos, sigue siendo una necesidad fundada en un contexto presente de continuos corrimientos de las modalidades de vínculo entre los géneros tanto a nivel interpersonal como institucional. La invitación específica aquí es a reflexionar sobre la posible riqueza de tal propuesta desde el punto de vista del método en psicoanálisis.

Abro los interrogantes de la problemática: ¿Cuál es el lugar de la perspectiva de género en el abordaje psicoanalítico de las problemáticas actuales? Y más específicamente, ¿puede la perspectiva de género aportar algo nuevo o diferente al psicoanálisis tradicional desde el punto de vista del método?

El problema de este trabajo retoma la relación-tensión entre el método psicoanalítico (elemento que supone cierta estabilidad a partir de su función de eje) y lo histórico-social (elemento dinámico, transitorio, trabajado desde el rol sociocultural que ocupa la perspectiva de género en la subjetividad actual). Ambos elementos se relanzan en un proceso dialéctico en los contextos de transformaciones sociales. Aquella reiterada pregunta por la vigencia del psicoanálisis ante las mutaciones sociales (Barembliet et al., 1987) se vuelve a jugar en este escenario, buscando dinamismo en el método psicoanalítico para evitar el anquilosamiento en palabras muertas, siendo una necesidad intrínseca de cada generación de psicoanalistas el generar las condiciones de escucha del momento de apertura del inconsciente, a partir del cual el sufrimiento puede volverse potencia creadora.

Desde sus inicios, el psicoanálisis ha debatido múltiples temáticas con el feminismo, siendo este el movimiento impulsor de la perspectiva de género en el ámbito de las ciencias sociales y disciplinas de la salud. Aquellos debates cobran relevancia actual a partir de la denominada “cuarta ola feminista” (Esquivel, 2022). Este fenómeno social de avances de los reclamos por parte de los movimientos feministas vuelve hoy en día a las problemáticas de género en el territorio una cuestión social (Carballeda, 2004).

En este escenario, el psicoanálisis es convocado a involucrarse, labor que se ha llevado a cabo, mayormente, desde la revisión de ciertos postulados teóricos y conceptos metapsicológicos que rigen la práctica clínica tales como la feminidad, el complejo de Edipo, la envidia al pene, la transexualidad (Tajer, 2000). Sin embargo, este trabajo en particular no pretende centrarse en la revisión de tales conceptos, sino en analizar el modo en el que estos entran en relación con la puesta en juego del método en psicoanálisis ante las problemáticas de género que se abordan en la clínica.

Parto de la premisa de que sostener estos debates con la perspectiva de género podría contribuir a una revisión de los fundamentos del método freudiano, siempre necesaria en momentos de cambios en la producción de subjetividad. No hay una incompatibilidad *a priori* entre la perspectiva de género y el método psicoanalítico. Por el contrario, ficcionar su inconmensurabilidad puede entrañar consecuencias patologizantes.

Para considerar esto, se abordará un caso difundido de infancia trans descrito en el libro *Yo nena, Yo princesa* (Mansilla, 2016), siendo un material de gran riqueza en cuanto a su complejidad, donde la presencia y/o ausencia de una perspectiva de género ha jugado un rol clínico crucial. Esto ha despertado diversas posiciones por parte de lxs psicoanalistas, generando controversias aún en auge que se discuten tanto al interior del ámbito académico como en el ámbito periodístico de manera

mediática. Se trata de la historia, contada por la madre, de la primera niña trans en obtener el cambio de Documento Nacional de Identidad (DNI) a los 6 años de edad,

5

sentando un precedente jurídico e interpelando los modos de abordaje de las situaciones transgénero en la infancia desde el psicoanálisis.

Este caso reviste un valor tanto clínico, como político e institucional, que hace de él un analizador (Lourau, 1975) que permite poner en perspectiva aquello que entra en juego en un análisis ante las nuevas subjetividades y las herramientas de abordaje con las que se cuenta para realizar las lecturas clínicas. A partir del relato de la madre es posible leer algunos aspectos de dos diferentes posiciones clínicas de las profesionales que abordaron terapéuticamente a su hija en aquella etapa. Estas posturas hoy en día continúan haciéndose eco en diversas publicaciones psicoanalíticas donde, de una u otra forma, se juega una pregunta en el trasfondo: ¿Es clínicamente posible considerar un proceso transgénero desacoplado de patología en una niña tan pequeña? La especificidad de este trabajo no radica sólo en las respuestas que dieron algunxs analistas sino en la forma en la que construyeron la pregunta, es decir, el método a partir del cual un analista puede realizar la lectura de un caso, y de qué modo esta lectura puede entrar en relación con la perspectiva de género que pueda sostener.

6

Desarrollo

Infancias trans y método psicoanalítico. Preguntas en torno a la controversia del caso Luana

Los procesos de transición de género en la infancia son una temática presente en los debates actuales del psicoanálisis, ya que han hecho su aparición en la escena clínica psicoanalítica hace pocas décadas. Según Blestcher (2022) la “emergencia” de estas formas de subjetividad ponen en discusión enunciados históricamente sedimentados, tanto desde la moral como desde la teoría psicoanalítica. Por eso, tomar un caso de esta problemática permite introducir la relación-tensión entre la cuestión del método y lo histórico/social. Blestcher (2022) sitúa la problemática de infancias transgénero como

las crecientes consultas por niñas, niños y adolescentes que presentan formas de emplazamiento identitario aparentemente discordantes con el sexo anatómico asignado de partida, o con las representaciones genéricas que definen la bipartición entre femenino y masculino según los dispositivos de producción de subjetividad. (p. 31)

La concepción actual que brinda Blestchet se distancia conceptualmente del antecesor de lo transgénero, es decir, el transexualismo (2022), que se liga históricamente a la patología. La discusión entre psicoanalistas se acentúa en los casos actuales en donde hay una temprana aparición de las tendencias identitarias transgénero, ya que reaviva las preguntas por los límites de lo patológico. Tal es el caso de Luana, una niña trans argentina cuyo proceso de transición fue relatado, como afirmamos en la introducción, en el libro *Yo nena, yo princesa* (Mansilla, 2014). La situación de esta niña sentó precedente en la interpretación de la Ley Nacional de Identidad de Género en Argentina (2012) por haber sido la primera en obtener su cambio de DNI a los 6 años de edad. Es decir, siendo mucho más joven a la edad en la que la ley prevé capacidad para decidir. La articulación que liga el sujeto al poder se hace evidente en situaciones excepcionales y esto permite pensar, desde el psicoanálisis, “las articulaciones entre la historia pública-política- y la historia singular,

que se dice “privada”. (Gracia Reinoso, 2005, pág. 129).

Gabriela Mansilla, mamá de Luana, contó la dramática familiar, desde sus inicios, hasta el desenlace legal, narrando lo que veía en su hijx biológicamente varón. Por un lado, relató su inclinación hacia lo femenino, y por otro, los síntomas de angustia que expresaba; ambas cuestiones, a muy temprana edad. A partir de estos dos hechos desconcertantes y angustiosos para la familia, Mansilla toma la decisión de pedir ayuda profesional. A continuación, expondré las diferentes posturas que revistieron los profesionales de la salud mental según el relato de la madre.

La posición de la primera profesional fue la de remarcarle a su pacientix el equívoco fáctico y biológico que estaba cometiendo, y hacer que toda su familia obre en dirección a este fin. Manuel (nombre asignado de quien luego se hará llamar Luana) no era una niña, sino un varón y los miembros de la familia debían recordárselo y corregirlo en cuanta oportunidad tuvieran. El argumento se reducía a un rechazo del principio de realidad.

Otra intervención de esta misma profesional fue el señalamiento hacia la madre de que la ausencia intermitente del padre estaría relacionada con la inclinación de su hijx hacia lo femenino. Fallaría allí la metáfora paterna que lx separa del deseo de la madre. Aquí podemos precisar una clara concatenación de ideas: La ausencia real del padre, la ausencia de la metáfora paterna, el rechazo del principio de realidad.

Durante seis meses, la niña aumentó exponencialmente su malestar cotidiano y sus síntomas de angustia, hasta que su madre discutió por este motivo con la profesional y decidió acudir a otra. La segunda psicoanalista, nominó la situación de Luna como “nena trans” (Mansilla, 2014, p. 58) y remarcó la necesidad de un “profesional con perspectiva de género” (p. 58). A partir de esta intervención, y con la

7

analista que le sucedió, Luana pudo disminuir sus síntomas de angustia, mientras facilitaba el proceso de pasaje al género femenino en sus aspectos familiares y sociales.

A partir de lo anterior, podemos considerar: ¿Dónde radicó la diferencia de estas posturas? ¿En contar con información sobre perspectiva de género por parte de las analistas? ¿En las técnicas de cada una? ¿En los métodos?

Tenemos un dato objetivo: El libro que auspicia como testimonio no fue escrito por Luana. Tampoco lo hizo ninguna de sus analistas. ¿Es un caso clínico? En principio no. Pero eso no significa que no podamos extraer conclusiones clínicas. Para ello, contamos con tres elementos: El primer diagnóstico de situación al que arribó cada una de las analistas y su transmisión a la madre; el manejo de la demanda de la madre, es decir, la transferencia cruzada que se generó en cada caso, plasmada en su relato; y los efectos positivos o negativos de los tratamientos que registraba su madre en el día a día.

Con estos elementos, podemos considerar que la lectura de la primera profesional indica un conflicto familiar que desencadenaría las inclinaciones transgénero de Luana como defensa, lo cual las volvería un proceso patológico. Es decir que correspondería a un síntoma de un desarrollo identificatorio patológico.

Posterior a la publicación del libro, múltiples autores opinaron de manera similar respecto al caso Luana. Tal es el caso del artículo “Infancias trans y empuje de época a la literalidad” (Bermudez et al., 2017), señalando la “forclusión de la castración, entendida como imposibilidad” (p. 132). Esta operación inclina la lectura hacia la psicosis, aunque en el artículo no se comprenda bien de quién, ¿De Luana? ¿De su mamá? ¿De la segunda analista? ¿De la sociedad? La publicación sostiene dos premisas: sitúa la niñez trans como un fenómeno epocal con significación sintomática de la forclusión social del significante fálico; y una crítica del uso contemporáneo de las teorías de género como herramienta nominativa y explicativa en

psicoanálisis. Esto se argumenta utilizando el caso de Luana como un ejemplo, y señalando que la segunda analista nominó a Luana como nena trans desde el inicio. Una intervención nominativa o explicativa, entonces, tapanía la incertidumbre en el diagnóstico, colocando un nombre externo al psicoanálisis para explicar las patologías actuales.

Si bien el comentario de la segunda analista puede estar relacionado con el manejo de la demanda de la madre, es posible considerar que la advertencia de los autores es válida ya que atañe a la puesta en juego del método en psicoanálisis ante una problemática que emerge en épocas posteriores al momento de producción del método psicoanalítico. Bien podría ser un recordatorio de que el trabajo del psicoanalista no es explicar o nombrar una situación. Sin embargo, para argumentarlo, los autores recurrieron a una lectura patologizante de un caso real de público conocimiento. Aún más, Luana funcionaría como parámetro clínico de “la niñez trans” en general, ya que, a partir la lectura de su caso, se describe a la niñez trans como un artificio, un rasgo meramente epocal que conlleva nada más y nada menos que a la forclusión de la castración. La experiencia de la niñez trans queda entonces simplificada como “un modo de retorno en lo real de esta forclusión social” (Bermudez et al., 2017, p. 132).

¿Realmente estamos seguros de que la experiencia transgénero a temprana edad conlleve a formas patológicas? ¿Su única lectura posible es como síntoma epocal? Según Tajer (2022), no sería así. La conformación de la identidad de género estaría asociada a las identificaciones primarias previas al Edipo, lo cual no implicaría patología *a priori*. Como plantea la autora, los cambios normativos y en las representaciones sociales habilitaron nuevos imaginarios que hicieron posible comenzar a alojar y legitimar vivencias tempranas infantiles, situadas por fuera de la cis-heteronorma, tanto por padres, madres y terapeutas.

Puede considerarse que este punto de vista integra pertinentemente lo histórico-social y lo clínico. Ya que, por ejemplo, no invalida la discusión por lo

8

patológico, sino que sólo desnaturaliza la relación transgénero-patología, pero no descarta que la experiencia trans no conlleve ninguna forma de padecimiento psíquico (por ejemplo, por discriminación). En todo caso, parecería apuntar a que la identidad de género (ya sea *sis* o *trans*) puede, en principio, pensarse como un proceso desacoplado de patología. Aunque desde esta lógica, tal vez también pueda haber casos en los que se superponga una patología en una persona con una identidad de género *trans*, así como hay personas con identidad de género *sis* a las que se le atribuyen modalidades patológicas. Es decir, si es posible preguntarnos por una despatologización, quizás pueda apuntar a no sostener una clínica a base de criterios generales. Tal vez puedan darse infancias transgénero en las que se jueguen cuestiones patológicas, siendo dos procesos desacoplados que ocasionalmente se superpongan y/o acoplen en la singularidad de un sujeto. Pero discernir la diferencia en cada caso puede ser fundamental para no caer en excesos patologizantes.

Cuando un/a niñx *trans* llega al consultorio, es probable que lo haga ya patologizadx en otras instancias de su vida, como bien sugiere el artículo “Infancias y adolescencias *trans*. De la visibilidad a la interpelación de las prácticas en salud mental” (Dome, 2021). Este advierte un nuevo fenómeno social que se aprecia desde la clínica: muchxs niñxs y adolescentes *trans* ya no son expulsadxs de sus lazos primarios como sucedía en otras épocas, sino que son enviadxs a terapia, sin su consentimiento, voluntad o deseo, sólo por expresar inclinación identitaria por el otro género, como un síntoma patológico en sí mismo.

Situaremos este dato como problemático, ya que se corre un riesgo de alto precio: el de responder a la expectativa social (la demanda, ya sea de docentes,

padres, tutores, etc.), de que el tratamiento psicoanalítico sea un dispositivo de corrección. Ese es el lugar al que muchas veces lxs psicoanalistas son convocadxs a ocupar, ya que la “transexualidad” sigue catalogada como un trastorno mental, produciendo efecto en tanto paradigma que sobrevive de épocas pasadas y puja en la lucha por el poder simbólico (Bourdieu, 1988) dentro de las disciplinas de la salud. Actualmente el *Manual de Enfermedades Mentales DSM-V* denomina a la transexualidad como “disforia de género”, y el *CIE-10* como “desordenes de la identidad de género”. Podrá ser material externo al psicoanálisis, pero puede verse relacionado con la misma formación académica. Más aún se relaciona íntimamente con la producción de subjetividad actual y sus discursos e imaginarios, y está claro que incluye también la subjetividad del analista. García Reinoso nos recuerda que “la historia no sucede fuera de nosotros. Nos atraviesa, nos marca. Historia singular e historia colectiva en su imbricación” (2005, p. 131).

El/la analista está inmersx en la misma cultura y comparte los mismos imaginarios sociales que aquellxs que deciden que un/a niñx debe ir a terapia por su identidad de género. Como bien sabemos, Lacan advirtió que la subjetividad del analista debe quedar en pausa (1984). ¿Podríamos suponer entonces que en ese aspecto también debe hacerlo?

Ahora bien, ante el riesgo de distorsionar la dirección de la cura, obrando para la supresión de la transexualidad como si fuera patológica, considero que la demanda del/la niñx puede ser un primer eje que nos resitúe como psicoanalistas. Esto es lo que considero que operó en la intervención de la segunda analista de Luana: la nominación no parece haber apuntado a tapar explicativamente un padecimiento, sino a resituar la demanda de Luana como eje inaugural de la relación analítica. Elemento tan importante a construir y del que, como ya hemos visto (Dome, 2021), muchas veces se carece en estas ocasiones .

Luego de pasar una experiencia desubjetivante, lejos de generar un encasillamiento, esa intervención, en esa ocasión, parece haberle otorgado la oportunidad de transformarse en un proceso funcional. Algo de aquel sufrimiento psíquico logró ser escuchado y vehiculizado hacia el deseo. A partir de allí y con la analista que le sucedió, su mamá relata su progresiva evolución.

9

¿Podemos hablar de Luana y de su diagnóstico más allá de esto? No. Tomaremos una reflexión de un texto de Mario Pujó titulado “El diagnóstico en la práctica clínica: Clínica y Política” (1998). Se trata justamente de las precauciones a tomar a la hora de leer un caso clínico, ya que no sólo la escucha psicoanalítica no es cualquier escucha. Tampoco lo son la lectura y la escritura.

Un historial, por ejemplo, no representa “la puesta en escena de una categoría, ni la ejemplificación de un saber establecido” (Pujó, 1998, p.13) El valor de un historial, vale aclarar, lo que le sirve a un psicoanalista de la transmisión del desarrollo de un caso clínico en particular, no reside tanto en su conclusión como en el recorrido de reflexiones que permiten llegar a ella. Es el “testimonio de un análisis que expone, en su relato, la elaboración de un saber en el tiempo de su producción” (p. 13).

Esa es la función que debe adquirir un historial en nuestro campo, para no hacerle decir al caso lo que el caso no dice. Por este motivo no decimos: “El caso de Freud de neurosis obsesiva”, decimos “el hombre de las ratas”, como bien reflexiona Pujó, designando “el fantasma más significativo del paciente” (1998, p.13). Esto constituye la expresión de la singularidad de la clínica que se resiste a la utilización del diagnóstico en tanto clasificador de nosografía.

Claro está que Luana no es un historial, pero aún intentando que consista en ello, apuntar al padecimiento de una niña trans para realizar una lectura general de la experiencia de lxs niñxs trans, en términos patológicos, constituye un exceso, un

forzamiento rígido del uso de la teoría psicoanalítica que omite la singularidad de la clínica. Exceso que lxs exponentes del psicoanálisis con perspectiva de género se han encargado de denunciar en este caso en particular y en muchos otros. Se trata de intentar evitar, por ejemplo, que la homosexualidad sea encasillada en la perversión a partir de los excesos en la lectura del caso de “la joven homosexual”. O de romper con la correlación que muchas veces se promueve entre la transexualidad y la psicosis, como bien puede entenderse en el artículo citado anteriormente respecto del caso de Luana.

Estos abusos clínicos de la metapsicología apuntan a su utilización como un manual de instrucciones y a la lectura de casos a modo enciclopédico: Un saber ya sabido. No se trata sólo de no tomar los conceptos del DSM y el CIE, sino de no alienarnos a su método. Ya que, mientras el material de trabajo psiquiátrico sean los signos de las enfermedades mentales, el material psicoanalítico es, y deben seguir siendo, los significantes.

Bermudez, Casali, Meli, Careaga, Crivelli, Ghiachetti, Santocono, Vilamowski, Claramunt y Claramunt (2017) plantean que la sexualidad en términos de construcción socio-cultural es un modo de abordaje producto de las tendencias propias de esta época que nada tiene que ver con lo propiamente psicoanalítico. En este sentido parecen dar por sentado que no se debe tomar aportes de las disciplinas sociales actuales. Y, que los conceptos específicos de la metapsicología freudiana no guardan un entramado histórico-social, del cual también ha participado el feminismo, desde mucho antes que se conforme la perspectiva de género. Abordemos este punto en el siguiente apartado. Por lo pronto, rescataremos la advertencia de lxs autorxs de ser precavidoxs con los aportes de otras disciplinas para no caer en eclecticismos que rompan con la especificidad del psicoanálisis. Sin embargo, el temor a emparentar al psicoanálisis con la sociología o a embanderarlo de militancias socio-políticas, a menudo entraña un riesgo en el otro extremo, el de subsumirlo también al discurso médico.

De los feminismos a los estudios de género en psicoanálisis

Este apartado explora el vínculo histórico entre los movimientos feministas y el desarrollo académico del concepto de género, crucial para entender su intersección con el psicoanálisis. Si bien la categoría específica de este trabajo será la de perspectiva de género, es imposible y aún imprudente desconocer su vínculo histórico

10

con los movimientos feministas, quienes impulsaron los estudios de género en el ámbito académico de las ciencias sociales y las disciplinas de la salud (Tajer, 2020). Más aún, importa evocar el vínculo originario entre ambos campos en este trabajo, porque el mismo psicoanálisis comparte también un vínculo histórico con los movimientos feministas, rico en encuentros y desencuentros. Los debates que Freud sostenía con las feminista de su época contienen el germen de los debates de muchas problemáticas actuales. Por consiguiente, para hablar de método en psicoanálisis y perspectiva de género, es preciso hablar también de feminismo.

“Feminismo” no es un término de definición unívoca. Con el tiempo fue mutando y se han multiplicado sus ejes de acción, como movimiento social. Según Nuria Varela (2008) es un discurso político que se basa en la justicia:

El feminismo es una teoría y práctica política articulada por mujeres que tras analizar la realidad en la que viven toman conciencia de las discriminaciones que sufren por la única razón de ser mujeres y deciden organizarse para acabar con ellas, para cambiar la sociedad. (p.10)

La militancia feminista se enfocó a lo largo de la historia de diferentes maneras en la crítica hacia la dicotomía de los estereotipos sociales femenino y masculino, términos históricamente relacionados de manera jerárquica (aquello reconocido como atributo de lo femenino recae en un estatuto de subordinación e inferioridad), excluyente (lo femenino no puede ser a la vez masculino y viceversa) y exhaustivo (se anula el universo discursivo por fuera de los únicos dos elementos de la dicotomía). Las corrientes feministas más influyentes de la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad han cuestionado estos aspectos, pronunciando diferentes paradigmas epocales que generaron corrimientos (los menciono así porque rompen con lo establecido) histórico-sociales en la producción de subjetividad, al interpelar las instituciones sociales que conforman los pilares de la modernidad, como la familia, el trabajo, la política y la academia (Mafia, 2008). Hoy en día, los diferentes paradigmas aún coexisten, por esta razón “feminismos” es un término más ajustado que su nominación en singular.

En el ámbito académico, se impulsaron “los estudios de la mujer” para luego derivar en “los estudios de género”. Estos constituyen el segmento de la producción de conocimientos que se ocupa de los sentidos atribuidos al hecho de ser varón o ser mujer, en cada cultura, en tanto experiencia humana (Burin, Dio Bleichmar, 1996). Desde su conceptualización inicial por John Money en 1955, el término “género” se distingue del “sexo biológico”, subrayando el papel de las atribuciones culturales y sociales en la definición de masculinidad, feminidad y otras identidades (Rosario, 2003).

Hoy en día, las disciplinas humanas analizan epistemológicamente, a través de la perspectiva de género, la incidencia de los estereotipos de género en la producción del conocimiento científico, hallando omisiones y/o errores técnicos, teóricos e interpretativos dentro de las ciencias sociales, tales como el derecho, la sociología, la pedagogía, la historia, etc. En cada una de las ramas de las ciencias sociales se han detectado sesgos patriarcales, que coartan la lectura de la realidad y la experiencia del género femenino (Mafia, 2008). Muchxs autorxs acuerdan que el psicoanálisis no fue la excepción, por tanto se recapitulará históricamente los debates entre ambos campos para comprender qué aspectos del psicoanálisis han sido interpelados y qué lugar ha ocupado la cuestión del método en ello.

Tajer (2000) señala que predominaron las denuncias, por parte de las feministas, del androcentrismo, sexismo y reproducción de la sociedad patriarcal que contenían los escritos de los psicoanalistas de primera generación, incluido el mismo Freud. Estos respondieron a estas denuncias patologizando las reivindicaciones feministas. Sin embargo, pese a la mutua desconfianza, las nuevas perspectivas de

11

sexualidad y la psicopatología que abrió campo el psicoanálisis atrajeron a varias feministas buscando una respuesta por las raíces de la subordinación y las posibilidades de emancipación.

Si bien no coincidían en ciertas lecturas, algo en el método freudiano llamó la atención de las pensadoras de aquella época, identificando una potencialidad para avanzar en un saber propio. Sobre todo teniendo en cuenta que el período inaugural del psicoanálisis se produjo a partir de la escucha del padecimiento de mujeres de la época: “período de hallazgos de congruencias e incongruencias entre la imagen de las mujeres descrita por el psicoanálisis y las mujeres reales” (Tajer, 2000, p. 46). Esas mismas congruencias motivaron tanto la exploración de los orígenes de sus padecimientos como la búsqueda de modalidades de existencia más saludables, que no impliquen un alto costo en términos de malestar.

Por otra parte, las incongruencias fueron planteadas inicialmente por

psicoanalistas mujeres como Karen Horney, Helene Deutsch, Melanie Klein, Joan Riviere, entre otras, participando activamente en debates en los años 30 sobre el concepto de sexualidad femenina, aunque el diálogo se suspendió prematuramente ante la falta de imagen cohesiva que brindaba el psicoanálisis hacia fuera. Muchas diferencias marcadas en ese entonces fueron diluidas y señaladas como particularidades propias de cada escuela (Tajer, 2000).

La clausura de los debates con el feminismo acarreó un efecto de cerramiento en la comunidad psicoanalítica a nuevas preguntas, opiniones, experiencias clínicas. Los conceptos pensados por los clásicos maestros se tomaron como únicas premisas o verdades no interrogables. Por otro lado, como consecuencia clínica, muchxs analizantes no lograron ser escuchadxs en su sufrimiento, producido por las desventuras de ajustes a los patrones de género hegemónicos. Tajer habla del “efecto mutilante” (Tajer, 2000, p. 46) de la propia escucha psicoanalítica. “Entre lo que oían y la „verdad instituida“, optaron por esta última” (p. 46) .

Entre los tópicos más trascendentes, en 1921 la homosexualidad protagonizó una controversia que dividió las opiniones entre los miembros del Comité directivo de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, luego de que lxs analistas berlinesxs se negaran a otorgarles a lxs homosexuales la posibilidad de postularse como aspirantes a psicoanalistas. Entre lxs exponentes de esta postura se encontraba Ana Freud, quien además militó para orientar la clínica psicoanalítica como un dispositivo de cura de la homosexualidad (Lennard, 2009). De esta forma, Freud resultó desoído, ya que jamás le dió estatuto de enfermedad o perversión. Los argumentos del padre del psicoanálisis eran los resultados de su investigación clínica, y arrojaban conclusiones discrepantes con la moral social o la tradición de la psiquiatría clásica que comprendía la homosexualidad dentro de los signos de degeneración (Ey, 1996).

Reanudando la discusión en 1964, Lacan fundó la Escuela Freudiana de París otorgándole a lxs homosexuales la posibilidad de ser psicoanalistas. Lxs psicoanalistas francesxs en los 60 y 70 y la influencia de autoras como Juliet Mitchell en el análisis de los efectos de malestar en una sociedad patriarcal marcaron una nueva fase de crítica y revisión dentro del psicoanálisis (Tajer, 2000).

Argentina se adentró en los Estudios de la Mujer durante la dictadura militar, ganando espacio en centros de investigación y ONGs de mujeres tras la apertura democrática en algunas universidades. En 1995 se creó el Foro de Psicoanálisis y Género por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Este forjó un espacio público de debate, hito importante para los posteriores desarrollos teóricos e interrogantes clínicos (Tajer, 2000).

Entre muchxs psicoanalistas se destacó Ana Fernández, que retomando a Mitchell planteó un análisis de las formaciones histórico-sociales puesto en relación al análisis de las formaciones del inconsciente, indagando críticamente en la teoría psicoanalítica para poder incorporar la elucidación de la opresión de género. Para ella, el camino entonces era la determinación de un análisis de las marcas de la sociedad patriarcal en el interior de la misma teoría; tarea que ha resultado difícil para muchxs,

12

al encontrarse con que la teoría de la sexuación del psicoanálisis conlleva implícita la naturalización del patriarcado, al ofrecer causas psíquicas para aquello que constituye un complejo precipitado de la inferiorización política de un género sexual (Fernández, 1995).

Desde los años 90, la crisis de la modernidad y los cambios en las dinámicas familiares y de género generaron nuevas revisiones teóricas y prácticas (Tajer, 1998). Autoras contemporáneas como Jéssica Benjamin y Esther Moncar han explorado la relación entre género y los conceptos psicoanalíticos como la pasividad y la autonomía, proponiendo adaptaciones clínicas para reflejar las realidades

contemporáneas (Benjamin, 1996; Moncar, 1996).

A estas instancias del diálogo entre el psicoanálisis y la perspectiva de género, se empieza a vislumbrar la preocupación de las autoras por que el psicoanálisis no quede caduco, si la metapsicología se rige por conceptos alejados de las formas de subjetividad actuales. Sin embargo, si el feminismo inició la misma empresa en los comienzos del psicoanálisis, esta no es una propuesta nueva que emerja como necesidad por cuestiones de discrepancia con la época. En todo caso, las problemáticas del momento actual vuelven a poner en escena interrogantes archivados a los que se les restó importancia.

En síntesis, se ha avanzado y retrocedido mayormente en el cuestionamiento de conceptos teóricos nucleares de la metapsicología tales como Edipo, feminidad, envidia al pene, denunciando la trama de poder patriarcal, heteronormativa y colonialista que los sostendrían, así como su sesgo en la clínica. Recortaré como aporte de la perspectiva de género esta preocupación por el uso de los conceptos metapsicológicos en la clínica, ya que puede anudarse a la cuestión del método de manera íntima. Hay en esta crítica hacia la función de los conceptos clásicos una posibilidad de volver sobre el método que funda al psicoanálisis en tanto praxis, es decir, aquello que hace que el psicoanálisis sea lo que es y no se transforme en algo diferente, pese a los cambios epocales y/o a las modificaciones metapsicológicas. ¿Acaso la perspectiva de género insiste en un psicoanálisis diferente?

Por último, otro aspecto notable de la relación de la perspectiva de género con el psicoanálisis que debe ser mencionado es de carácter político. Me refiero a los escollos con los se han encontrado lxs psicoanalistas con perspectiva de género para ganarse un espacio en la comunidad psicoanalítica, así como la falta de transmisión oficial de tales cuestionamientos en la academia (Tajer, 2000). No casualmente, la falta de transmisión lleva al olvido. Aunque gracias a García Reinoso (2005), sabemos que el olvido institucional tiene intencionalidad política:

Hay una política del olvido, también en las instituciones del psicoanálisis, que es de alto precio para la subjetividad y para la vida social. Amenaza con sus retornos. Y la política del olvido convoca al olvido de la política, como dimensión del presente histórico. (p. 133).

El tiempo presente constituye un puntapié inicial que reactiva el deseo de muchxs por continuar un debate olvidado. Y lo olvidado está siempre presto a ser recordado.

Operar en psicoanálisis

¿Qué define al psicoanálisis y por tanto a quienes lo ejercen? Si se vieran modificados los principales conceptos de la metapsicología freudiana, ¿seguiría siendo psicoanálisis? Y en ese sentido, ¿qué implica ser analista? La pregunta por el ser es compleja, a menudo lleva a callejones sin salida. Remitámonos a aquello que hace un psicoanalista.

Hace ya dos décadas, en una entrevista que Sandra Carli (2003) le realizó a Silvia Bleichmar, instalaron un debate que me interesa reflotar. Ataño a la relación

13

entre teoría y práctica, teoría y época. Tópicos que tienen en común con García Reinoso y cuyos puntos de vista dejan entrever una puerta útil para retomar la cuestión del método. Bleichmar expresa su preocupación por el “déficit” con el que operaba el psicoanálisis ante las problemáticas que ya se avecinaban en ese entonces.

El psicoanálisis es el único que tiene cosas importantes para decir respecto a ciertos fenómenos que se están produciendo (...) el matrimonio homosexual, el engendramiento fuera de los carriles biológicos naturales, las nuevas formas de producción de subjetividad a partir de las nuevas formas familiares. Pero creo que está totalmente atado a las formas de subjetividad de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, con lo cual, está totalmente atrapado por los elementos ideológicos que lo constituyen en ese período (Bleichmar en Carli, 2003, p. 7).

Es decir, el psicoanálisis podría entrañar un papel importante en el abordaje de las nuevas problemáticas humanas. Pero, para eso, se debe resolver una confusión (la cual parecen tener muchxs psicoanalistas) entre los conceptos metapsicológicos y las formas históricas que estos asumieron.

Tomemos como ejemplo su interpretación del Complejo de Edipo, sobre todo por su centralidad teórica freudiana. Primero, Bleichmar explica lo que podríamos pensar como su funcionalidad conceptual: “el límite de apropiación del cuerpo del niño, por parte del adulto, pautada en cada una de las sociedades” (Bleichmar en Carli, 2003, p.7). Luego, afirma que esa funcionalidad se desdibuja detrás de la forma histórica que asumió al momento de su producción: la familia nuclear heteronormativa occidental (Bleichmar en Carli, 2003), siendo que esta se encuentra en crisis desde la crisis de la modernidad. Si ya en esa época imponía limitaciones plantearlo así, aún más en la actualidad, considerando que nuestro país ya lleva 15 años con la vigencia de la “Ley de Matrimonio Igualitario” y 13 años con la “Ley de Identidad de Género”. Por tanto, si para un psicoanalista el concepto queda adherido únicamente a su forma histórica, pierde operatividad; es decir, posibilidad de ser utilizado como herramienta teórica en la novela clínica familiar de cada quien, en el contexto actual.

¿Qué funcionalidad nos proporcionaría el concepto del complejo de Edipo, en el caso de un niño de ma/padres homosexuales, si no pudiéramos despegarlo de las figuras clásicas de Padre y Madre? ¿Cómo abordar una problemática en una familia monoparental? ¿Si no hay un padre, no hay metáfora paterna? De hecho, por esta misma vía Bleichmar cuestiona la denominación “Nombre del Padre” a la función terciaria de la relación del niño con el adulto, con la cual

se trasladan los modos patriarcales de la cultura hegemónica del siglo XX y, además, en un lugar particular de la tierra que era la Europa etnocéntrica del siglo XX. Por qué no llamarlo „nombre de hechicero mayor o de la amazona principal“ el nombre del padre (Carli 2003, p.7).

Es imposible subestimar la profundidad de la pregunta, ya que apunta a los modos de leerlo, interpretarlo y utilizarlo como tratamiento en los diferentes contextos y territorios. Nunca puede ser un debate efímero las palabras que utilizamos en la teoría psicoanalítica, considerando que, en el psicoanálisis, se trabaja con el efecto de verdad que producen las palabras.

Bleichmar nos invita a hacer con el psicoanálisis lo que Espinoza hizo con la Biblia: “separar las verdades permanentes de las contingencias históricas” (Carli, 2003, p. 7). Es a partir de esta afirmación que podemos dejar en claro que estas “formas patriarcales” o “elementos ideológicos” (Carli, 2003, p. 7) pueden funcionar como obstáculos clínicos en ocasiones, tal vez en contextos de estas características, ya que lo que queda al descubierto es la imbricación entre el funcionamiento del psicoanálisis y los procesos sociales.

García Reinoso dice, por su parte, que “la aceptación social del psicoanálisis lo instaló en un confort que las transformaciones sociopolíticas y económicas actuales

amenazan” (2005, p. 127). Ella coincide con Bleichmar en la crisis por la que atraviesa

el psicoanálisis, y la advierte con la potencia suficiente como para producir o disolverlo en términos institucionales. Su postura se dirige hacia “malestares” intrínsecos al psicoanálisis, que lo habitan, y que obstaculizan una posición creativa para afrontar con mayores posibilidades los malestares nuevos en esta cultura. Al verse amenazadas las condiciones tradicionales de ejercicio, se produce un repliegue en las prácticas de la institución psicoanalítica, lo que entraña un refuerzo de los discursos dogmáticos.

“Las instituciones tienen que subsistir políticamente”, afirma García Reinoso (2005, p.127). Pero asentar la transmisión sólo en aquellos saberes ya instituidos como sustentos de una praxis parece estar representando en psicoanálisis una compleja operación mutilante, tan mutilante como muchxs otrxs así lo percibieron en la década del 60 (Barembliet et al., 1987). En aquel entonces, los principales malestares sociales también parecían sobrepasar la implicación propiamente psicoanalíticas, ser extraterritoriales a él.

Con pretexto de extraterritorialidad, los analistas parecen poder pasar por alto y no analizar las relaciones de su campo con el campo de las “leyes de la ciudad”. Se privilegia lo instituido, cercenando la capacidad de pensar más allá de lo ya sabido, en desmedro de la capacidad instituyente y la creatividad. (García Reinoso, 2005, p.127).

La tensión entre lo social, lo político y el psicoanálisis llevó a la ruptura de la Asociación Psicoanalítica Argentina, no porque se discutiera la simple incorporación de elementos contextuales, sino porque se jugaban los fundamentos mismos de la práctica analítica (Barembliet et al, 1987).

Entonces, ¿qué hace un psicoanalista? ¿Qué le incumbe hacer? Esta es la pregunta que, no casualmente, insiste en cada momento en que los contextos sociales cambian. Cuando las modalidades de malestar subjetivo no son lo suficientemente escuchadas en el consultorio, es momento de preguntarnos por nuestra propia posición dentro de él. Y he nos aquí, las futuras generaciones de psicoanalistas, atravesadas subjetivamente por las consignas #NiUnaMenos, #MeToo, #AbortoLegal, #Time’sUp, entre muchas otras, preguntándonos por un psicoanálisis con perspectiva de género. ¿Nos incumbe hacernos preguntas clínico-teóricas en relación a la perspectiva de género? ¿O eso no sería hacer psicoanálisis?

Lacan afirmó: “Mejor que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (1988, p.309). Si esto constituye una cláusula irrenunciable, lo social debe ser anudado siempre apropiadamente a lo clínico.

Esto lo demuestra claramente el compromiso que Freud mismo sostenía con su contexto. Como judío en la Europa occidental en los terribles albores del siglo XX, Freud reflexionó sobre el porqué de la guerra, el lugar de la cultura y la religión en el futuro de la especie humana, los traumas de la guerra y los orígenes de la destructividad del hombre. Aún así, todos y cada uno de aquellos escritos no son sólo reflexiones de la cuestión social, sino que encarnaron una función fundamentalmente clínica. Algunos, como “Más allá de Principio del Placer” (1973), lo han llevado a revisar toda la concepción previa del funcionamiento del aparato psíquico, las leyes por las cuales se regía, teniendo gran influencia a la hora de interpretar la clínica y la teoría psicoanalítica.

Lo social, lo teórico y lo clínico siempre han estado unidos. El problema comienza cuando los consideramos excluyentes o no nos preguntamos de qué manera se unen. Allí se dan los desfasajes que impiden la escucha. Por esto, es importante reflexionar sobre la producción de subjetividad de la época en el sentido en que la conceptualizó Bleichmar: como un concepto que atañe a la fronteras de lo psíquico y lo social, conjugando los universales de la constitución y funcionamiento del aparato psíquico con las condiciones histórico-sociales particulares que engendran al sujeto social (Bleichmar, 2005).

La clínica necesita del diálogo entre la metapsicología y los malestares actuales para evitar caer en una práctica que se cierre sobre su propio corpus teórico. Esta es la conclusión que arroja este apartado, sin embargo, lo que prosigue es un intento por despejar qué implica llevarlo a cabo.

Ante esta necesidad de la clínica, muchxs psicoanalistas apostaron por tomar aportes de la perspectiva de género para hacerla dialogar con la metapsicología. Pero ¿cómo se hace? ¿De qué manera? ¿Incorporando la perspectiva de género como un elemento con capacidad explicativa externa? ¿Adoptando sus posturas epistemológicas? ¿Asumiéndola como una militancia? Digamos, ¿Debe la perspectiva de género darle respuestas al psicoanálisis? ¿O debe abrir preguntas?

Puede que esta revisión exija una ruptura con elementos de la metapsicología clásica de gran pregnancia en la comunidad psicoanalítica, como Bleichmar sugirió con El-Nombre-Del-Padre. Pero ¿acaso esta posición exigiría una ruptura con el método?

Para tal propósito seguiremos la tendencia de “volver al método” freudiano que Gabriela Insua (2010) propone oportunamente para recordarnos que la vuelta a Freud en la que insistió Lacan no puede darse por terminada.

La actitud freudiana y el método psicoanalítico

¿En dónde vemos reflejado el método de exploración clínica a lo largo de la transmisión de Freud? Insua (2010) retoma esta cuestión desde un aspecto, o mejor dicho, un rasgo en la transmisión freudiana que puede servir para reflejar lo que está en juego aquí. A lo largo de la obra de Freud es posible apreciar la actitud antidogmática que éste procuraba sostener. Esto se reflejaba en las ocasiones en las que admitía públicamente las limitaciones y los callejones sin salida a los que arribaba con la teoría, al otorgarle un lugar privilegiado al material clínico antes que a la lógica interna de la metapsicología.

También se reflejaba en su apertura a modificar conceptos y/o su psicogénesis cuando ya no se condecían con los casos clínicos. Podemos pensar los cambios de la primera a la segunda tópica, los virajes en la construcción de la teoría pulsional, e incluso, la confusión ante el concepto mismo de feminidad. Luego de varias décadas de trabajo conceptual y cambios de perspectivas, en 1932 Freud abrió su conferencia (1973) referida precisamente a esta temática, exponiendo la incertidumbre que hasta ese día seguía generando en él la cuestión de la feminidad, siendo este un enigma a su comprensión absoluta.

Esto no significa que Freud jamás se haya comportado de manera dogmática, sobre todo (como ya hemos visto) con perspectivas feministas de la teoría psicoanalítica. Pero esta actitud que insistió en sostener lo mayor posible, nos permite pensar en un aspecto importante del método que no casualmente parece haber sido pasado por alto en las temáticas de género.

El método freudiano requiere de la producción teórica en un presente continuo. No consiste, entonces, en amoldar un caso a la teoría ya existente. Este mismo impulso le permitió desde el principio notar los puntos ciegos, las limitaciones de la hipnosis y la sugestión y dar el salto del método catártico hacia la cura por la palabra. Si lo llevó adelante fue escuchando a sus pacientes afectadas por la histeria y atreviéndose a romper con el método preexistente para hacerse camino a un nuevo rumbo. A partir de allí, su honestidad intelectual lo llevó siempre a presentar al psicoanálisis como un sistema teórico abierto, inacabado, con puntos oscuros e incomprendidos que se debían seguir pensando.

Como lectorxs y futurxs practicantes del psicoanálisis, podríamos incurrir en el error de sostener un horizonte de certezas, donde la investigación se profundice y coordine hasta alcanzar su acabamiento y superar las propias contradicciones. Pero si

contenga respuestas y no tenga necesidad de hacer más preguntas? Analicemos un párrafo que muestra perfectamente la actitud de Freud en relación a ello:

En el presente trabajo me propongo reunir algunas de las reglas para uso del analítico práctico en la iniciación del tratamiento. Entre ellas hay algunas que pueden parecer insignificantes y tal vez lo sean. En su disculpa he de alegar que se trata de reglas de juego que han de extraer su significación de la totalidad del plan.

Pero además las presento como simples “consejos” sin exigir estrictamente su observancia. La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas, la plasticidad de los procesos psíquicos y la riqueza de los factores que hemos de determinar se oponen también a una mecanización de la técnica y permiten que un procedimiento generalmente justificado no produzca resultado positivo alguno o inversamente que un método defectuoso logre el fin deseado. (1973, p.1661)

Insua (2010) retoma este fragmento no como una sugerencia sino como una “necesidad”. Las reglas no deben ser tomadas como órdenes o cánones inamovibles sino como herramientas pasibles de reinventarse, ya que la praxis, por mucho que se esfuerce, no puede delimitar la manera en la que el sujeto se las ingenia para aparecer. En todo caso, esto significa que la fijación rígida a la técnica, en lugar de funcionar como una herramienta, lo haría como límite a la escucha de aquello que emerge o de sus posibilidades para hacerlo.

Otro lugar en donde Freud marca esta posición es en el inicio de “Consejos al médico en el Tratamiento Psicoanalítico” (Freud, 1954). Allí aclara que si la técnica aconsejada ha demostrado ser la única adecuada a su propia personalidad individual, no es imposible que otra personalidad, distintamente constituida, se vea impulsada a adoptar una actitud diferente en la clínica. De este modo, nos invita a explorar las posibles adaptaciones de las técnicas, incorporando la personalidad del analista como una variable móvil del método psicoanalítico, en relación directa con la encarnación y funcionamiento del método de investigación.

Una desvinculación conceptual en tiempo y espacio en las intervenciones explicaría la problemática que le preocupaba tanto a Bleichmar (Carli, 2003) como a Garcia Reinoso (2005). Interpretaciones cerradas, ahistóricas y descontextualizadas. El método psicoanalítico no escapa a la advertencia de Agamben acerca de todo método en las ciencias humanas: “No existe un método válido para todos los ámbitos, así como no existe una lógica que pueda prescindir de sus objetos” (Agamben 2008, p. 8). Es imposible concebir un método separado del contexto en el que opera, lo cual explicaría la crisis en el psicoanálisis tal como afirmaron Bleichmar y García Reinoso.

Entonces, ¿qué implica la escucha psicoanalítica? ¿Qué implica la posición o función del/la psicoanalista si no es la que debe mantener respecto del saber? El saber que le atañe en verdad es el saber no sabido. Podríamos agregar, tanto para el/la analizante, como para el/la analista, sobre todo para estx.

Mario Pujó (1998) reflexiona sobre el borramiento subjetivo que implica la posición del/la analista, siendo que este atañe también a su saber clínico. El saber que “opera” en la dirección de la cura en la clínica psicoanalítica es un saber a producir, llevando así la marca de lo inesperado, generando tal efecto de sorpresa que cobra lugar de verdad para el/la analista. Sostener esta posición destierra el saber clasificatorio y el saber psiquiátrico del diagnóstico en psicoanálisis, aunque entre en mayor o menor relación según el caso, ya que en estos discursos no se incluye al sujeto, aunque muchas veces el sujeto emerja a pesar de ello. Lo decisivo del método psicoanalítico es la disposición a escuchar aquello que escapa a la evaluación o a la clasificación. Eso que debe ser escuchado muchas veces irrumpe en las teorizaciones, se resiste a ellas. “El inconsciente se revela al sujeto abriendo grietas en el saber y

vuelve a perderlo detrás de lo que comprende de ello” (Insua, 2010, p.14).

Si el saber que le atañe al psicoanalista es el saber del inconsciente, un saber no sabido, entonces ¿puede el/la analista hacer otra cosa que no sea no cesar de preguntar? Al respecto de esto, Insua (2010), retomando a Lacan pregunta: “¿No es

17

acaso sobre la lógica del significante, en el inter juego entre saber y verdad, donde se funda el método analítico y sus reglas técnicas?” (p.14).

El psicoanálisis trabaja en la formalización de las formaciones del inconsciente. Inconsciente singular, sí, pero nunca individual, dado que está constituido en una trama intersubjetiva donde la dimensión social es constituyente. Por ende, las condiciones estructurales de la constitución del Sujeto y del Otro no pueden ser absolutizadas ya que están sujetas a sus formas históricas. Este es el motivo por el que el saber psicoanalítico debe llevar siempre la marca de lo inacabado.

Ahora bien, como nos advierte García Reinoso: “Parto de la hipótesis de que la construcción de la subjetividad –con sus incertidumbres y la marca del Otro– predispone o por lo menos expone a quedar capturadx por el discurso del Poder y a colaborar de esa manera para sostenerlo” (2005, p. 132).

Por lo que centrarse en la singularidad no significa precisamente desarticularla de la historia social y política que la contiene. Al desarticularla, el saber se hace dogma y comienza a alimentarse de la liturgia de sus fieles, del “poder político, sentado sobre lazos de índole religiosa” (García Reinoso, 2005, p.123). Según la autora, es allí donde el saber se estanca y se hace repetitivo, cerrándose sobre sí mismo y no permite avanzar sobre temas nuevos. Esto significa: Siempre el abordaje de las problemáticas, a partir de las mismas lecturas ya proporcionadas por los maestros. Estas fidelidades-filiaciones textuales y conceptuales corren el riesgo de ser excluyentes de todo que puede ser oído/leído como otro (o diferente, diverso y por ende, desconocido).

En este punto, vuelvo a la perspectiva de género y al riesgo de excomunión (Lacan, 2006) que esta posición conllevó reiteradamente dentro de la comunidad psicoanalítica, ocupando el lugar de lo otro, es decir, de voz discordante a lo propiamente psicoanalítico. Me refiero a la perspectiva de género como lo extraterritorial.

La expulsión de Lacan, por parte de la IPA es aún hoy un elemento de análisis del funcionamiento institucional. El acto de excomunión denota un funcionamiento dogmático por parte de las instituciones, en reverso a la actitud freudiana que desde el principio le dio capacidad creativa a la disciplina.

¿Rompe con el método freudiano un psicoanálisis que se deje interpelar por la perspectiva de género? Para responder a esto, podemos tener en cuenta en principio, tres vías en que la perspectiva de género movilizó al psicoanálisis: Por un lado, develar la gran injerencia en la producción de subjetividad que posee el sistema heteropatriarcal en el cual hemos sido gestadx como sujetxs de deseo en nuestra singularidad, tanto lxs analistas como lxs analizantes. Por otro lado, introducir esta misma cuestión como un elemento de análisis nuevo en la clínica. Es decir, la perspectiva de género nos invita a preguntarnos si el sistema heteropatriarcal opera en las relaciones de poder dentro de la situación analítica, y si esto sucede, cómo lo hace. Y por último, de qué manera las relaciones de poder de la situación analítica entrarían en juego con el género.

García Reinoso (2005) nos recuerda que la transferencia en análisis es un campo de Poder semejante al poder hipnótico y los fenómenos de masa. Hay que tener en cuenta que en la transferencia también se juegan la sujeción y sugestión, ya sea como obstáculos o instrumentos. Entonces: “El campo de transferencia(s) reedita las condiciones de la estructuración subjetiva en el campo del Otro, en las cuales la

desproporción del Poder es desmesurada” (García Reinoso, 2005, p. 130). Pero luego la autora se apresura a aclarar: “Lo que hace la diferencia es la posición y la función del analista, que dispone, ahí, de un lugar privilegiado para desmontar –deconstruir– las relaciones del sujeto con el poder” (p. 129).

En la transferencia se reedita la desmesura en la desproporción del Poder que se imprime en la estructuración subjetiva en el campo del Otro. Es preciso preservar la función de testigo “luchando contra las tentaciones del narcisismo y de los espejismos del poder” (García Reinoso, 2005, p. 130), ya que el uno a uno del dispositivo

18

psicoanalítico puede conllevar múltiples alienaciones. En otras palabras, no basta con proponerse no hacer uso consciente de la sugestión y/o sujeción, sino buscar incesantemente las vías por las que lo hacemos sin saberlo y por qué. Si un/a analista no se cuestiona respecto de esto, corre el riesgo de reproducir aquello que el sujeto trae como malestar o sufrimiento. En tal caso, sería una ficción sostener que el dispositivo analítico opera en vacío de lo social.

Lacan (1984) planteó el mismo cuestionamiento y lo resolvió a partir del lugar del muerto. Este sitúa la disposición del yo del/la analista en análisis, incluyendo allí sentimientos, prejuicios, pasiones, etc. Solo dejando de lado al yo se posibilita una línea abierta a la relación del sujeto con el inconsciente. Pero se trata de un muerto que debe tener su deseo muy vivo para cumplir esa función. Es una muerte que no puede confundirse con neutralidad. El/la analista deja a su Yo en el lugar del muerto en el registro de lo imaginario para que, a su vez, el Sujeto deje su yo de lado y pueda surgir para él el lugar del Otro, el Inconsciente.

En ese sentido la perspectiva de género podría operar para interrogarnos si los propios estereotipos de género y roles en relación a la sexualidad biológica son elementos de la propia subjetividad del/la analista que durante la clínica deben morir. De este modo, contribuiría a recuperar una tarea ineludible del método que irremediamente consta de aristas inacabadas: El trabajo del/la analista sobre sí mismx. Como afirma Insua: “El método es indisociable del análisis, o sea el analista apuntando a sí mismo para dar en el blanco.” (2010, p.26)

19

Conclusión

Para esbozar una conclusión, retomemos la preocupación de muchxs psicoanalistas como Bermudez, Casali, Meli, Careaga, Crivelli, Ghiachetti, Santocono, Vilamowski, Claramunt y Claramunt (2017). Con esto me refiero al uso de la perspectiva de género de manera forzada en la clínica psicoanalítica. Es decir, una imposición ideológica a partir del empuje de las meras tendencias epocales que la ola feminista actual conllevaría. Es importante haber situado que, por supuesto, no debe tratarse de eso. En tal caso, no estaríamos hablando de psicoanálisis, ya que el funcionamiento dogmático no le es un verdadero aporte. Freud así lo advirtió en cuanta oportunidad tuvo. Por eso los conceptos metapsicológicos freudianos no constituyen, por definición, una teoría terminada, cerrada o ahistórica. Su utilización como dogma de Fe hacia los maestros no responde a la operatoria propia del método psicoanalítico, sino a un obstáculo en la escucha, corriendo el riesgo de sesgar el discurso del/la analizante respecto de un sufrimiento significado desde, por ejemplo, los propios parámetros heteropatriarcales.

Pero al mismo tiempo, no es sin la militancia. La fuerza y masividad que caracterizan la ola feminista actual, dan voz desde la perspectiva de género a debates correspondientes a los inicios del campo psicoanalítico (Esquivel 2022). Su apertura en aquel momento respondió a la misma necesidad que ahora: precisar la dinámica de

determinados conceptos en el trabajo psicoanalítico, ya que si operan en la lectura del/la psicoanalista de manera rígida, obturan la escucha. Sin embargo, la clausura de estos debates, respondió a motivos ajenos a la evolución de la teoría (Tajer, 2000). Estas incongruencias siguieron operando siempre en tanto déficit, sin ser debidamente advertidas durante décadas. Lo que posibilita el contexto actual es evidenciarlas nuevamente de manera tangible, a partir del aumento de problemáticas que ponen en juego los límites entre el sujeto y la subjetividad, generando corrimientos en los procesos sociales de salud/enfermedad. En este sentido puede afirmarse que los debates actuales con la perspectiva de género contribuyen a una revisión de los fundamentos del método freudiano.

El feminismo es una respuesta social que mujeres y disidencias sexuales elaboraron ante la toma conciencia de un malestar producido por la desigualdad y la discriminación. El método psicoanalítico siempre contó las herramientas para alojar ese malestar y transformarlo en potencia creadora, considerando que su lógica permite ver en el sufrimiento una puerta de entrada a la emergencia del sujeto de deseo. Después de todo, se ha llegado hasta aquí con gran apertura de la escucha psicoanalítica de muchos sectores. Con lecturas de problemáticas de género por fuera de la tradición y su consecutiva producción teórica que, sin ir más lejos, contribuyeron al impulso de los marcos legales argentinos. Estos habilitan prácticas sociales y subjetividades consideradas patológicas en generaciones pasadas, como bien refleja el caso de Luana. La producción de subjetividad es un proceso que se relanza dialécticamente y del que no están exentxs lxs psicoanalistas. Ni estas temáticas son, ni han sido jamás, externas al psicoanálisis, ni el psicoanálisis es externo a ello.

Por esta razón, Lacan insistía en la importancia de la subjetividad de la época (1988). Y por eso, el método de investigación psicoanalítico requiere como condición una praxis artesanal, o sea, no estandarizable; que forja un saber como el que emerge del sujeto de deseo en su tiempo de producción. Dejará de operar el psicoanálisis que deje de hacerse preguntas.

Este fue el motor que llevó a Freud (1973) a erigir una práctica cuya ética fuera más allá de la moral sexual cultural. Denunció los malestares e inhibiciones producidos por los dispositivos represivos que sojuzgaban la sexualidad al control social, médico o religioso, aunque Blestcher afirme (2022) que es importante advertir en los estamentos psicoanalíticos la persistencia de una dificultad para someter a caución los mandatos conservadores infiltrados en sus teorizaciones. Esta auténtica anomalía (Kuhn, 1980) constituye un obstáculo epistemológico (Bachelard, 1972) que no solo altera y detiene

20

el progreso de la teoría sino que reafirma las significaciones hegemónicas dominantes y las desigualdades de género en la sociedad.

En este sentido, Foucault (2007) fue pionero en señalar el peligro que corre la subversión freudiana de diluirse al terminar confluyendo como un engranaje más en los mecanismos de disciplinamiento de la sexualidad. Tal degradación puede evitarse reconociendo a tiempo la tensión entre los procesos históricos y nuestra comprensión de las modalidades de sufrimiento humano; oscilación ineludible en la producción teórica psicoanalítica. Es por esto mismo que el psicoanálisis no tiene que quedar subsumido al discurso médico de su época. Por el contrario, tiene que hacer hablar lo que para un manual de psiquiatría hace signo. Las psicoanalistas feministas, coetáneas a Freud, ponían en juego esta cuestión en cada discusión. Se insistía en el levantamiento del velo sobre las incongruencias sostenidas y transmitidas en la formación del/la psicoanalista.

Dicho esto, considero que una inconmensurabilidad entre el psicoanálisis y la perspectiva de género sería una ficción de alto costo para el ejercicio de la disciplina. La perspectiva de género puede jugar un papel importante como herramienta de

análisis del lugar y la función del/la analista, y los sesgos de género que pudiera encarnar inadvertidamente en la relación analítica, generando efectos patologizantes. En tanto sea colocada al servicio de la función del/la analista, el proceso se relanza refundacionalmente, recuperando aquella especificidad revolucionaria y escapando a lecturas morales y adaptativas. Es una apuesta a recuperar los fundamentos del método psicoanalítico en tiempos de mutación sociocultural, con la ética como columna vertebral.

Hay una insistencia incesante en la enseñanza de Lacan, por priorizar la revisión de la posición del/la analista, antes que el/la propix analizante y la psicopatología que estx pudiera encarnar. Volver a reflexionar sobre la función del/la analista una y otra vez significa volver a interpelarnos en la encarnación del método una y otra vez. Las lecturas teórico-clínicas que puedan salir de ello no implicarían una ruptura con el método clásico. Pero probablemente impliquen romper con aquello que se infiltra como dogma heteropatriarcal en el discurso psicoanalítico. En todo caso hablamos de recordar la especificidad de la invención freudiana que permite la dirección de la cura, trascendiendo toda contingencia histórica.

21

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2008). *Signatura rerum*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editorial.
- Bachelard, G. (1972) *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Baremblit, G. et al. (1987) *Cuestionamos*, Plataforma-Docmento. Ruptura con la APA. Prólogo a la 1° edición: Marie Langer y Armando Bauleo. Buenos Aires: Búsqueda
- Bermudez, S., Casali, V., Meli, Y., Careaga, A., Crivelli, M., Giachetti, F., Santocono, C., Vilamowski, P. y Claramunt, M. (2017). Infancia trans y empuje de la época a la literalidad. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornada de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademia.org/000-067/821>
- Bleichmar, S. (2005). Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis. En *La subjetividad en riesgo* (pp. 91-97). Buenos Aires: Paidós.
- Bletscher, F. (2022) Infancias trans y destinos de la diferencia sexual: nuevos existenciaros, renovadas teorías. En Meler, I. (2022) *Psicoanálisis y Género: escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. 1ra ed. 1ª reimp. (pp. 21-49) Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P. (1988) *Cosas dichas; Espacio social y poder simbólico*. Barcelona: Gedisa.
- Burin, M., & Dio Bleichmar, E. (1996). . Buenos Aires: Paidós
- Carballeda, A. (2004) *La intervención en lo social*: Paidós
- Carli, S. (2003) Entrevista a Silvia Bleichmar. *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*. Buenos Aires: UBA
- Dome, C. (6 de mayo de 2021). De la visibilidad a la interpelación de las prácticas en salud mental. Infancias y adolescencias trans. <https://www.pagina12.com.ar/339947-infancias-y-adolescencias-trans>.
- Esquivel, J. (2022) "Movilización feminista en el centro del debate: Hacia un estado del arte de la cuarta ola en Argentina. En *C ". N miradas desde las ciencias sociales: Tren en movimiento*
- Ey, H. (1996) *Tratado de psiquiatría* 8va edición. Masson
- Foucault, M. (2007) *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freud, S. (1973) "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico". Obras, TII.

- Madrid: López Ballesteros.
- Freud, S. (1973) "La feminidad". En *Obras Completas*, T XXIII. Madrid: López Ballesteros.
- Freud, S. (1973) "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico". En *Obras Completas*, TII. Madrid: López Ballesteros.
- Freud, S. (1973) "La iniciación del tratamiento". En *Obras Completas*. TII. Madrid: López Ballesteros
- García Reinoso, G. (2005) Relaciones del psicoanálisis con lo social y lo político. En *Estados generales del psicoanálisis. Perspectivas para el tercer milenio*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Insua, G. (2010) *Volver al método: Elogio de la Invención freudiana desde Lacan*. 1° edición. Prólogo, introducción, cap. 1, cap. 2. Buenos Aires: Letra Viva. Kuhn, T. (1980) *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires: FCE
- Lacan, J. (1988) *Función y campo de la palabra y el lenguaje*. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Lacan, J. (1984) La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos II*, México: Siglo XXI

22

- Lacan, J. (2006) La excomunión. En *El seminario. Libro 11*. Buenos Aires: Paidós.
- Lennard, P. (2009) Carne de diván. Rosario
En <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-959-2009-09-04.html>
- Lourau, R. (1975) El análisis institucional. Buenos Aires: Amorrortu Maffia, D. (2008) *Contra las dicotomías: Feminismo y epistemología crítica*. Bs. As: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Seminario de Epistemología Feminista. www.dianamaffia.com.ar
- Mansilla, G. (2016) *Yo nena, yo princesa: Luana, la niña que eligió su propio nombre*. Bs As: 1ª ed. 6ª reimp. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Pujó, M. (1998) El diagnóstico en la práctica analítica. En *Psicoanálisis y el hospital*. Buenos Aires: Ediciones del seminario
- Rosario, V. (2003). Perversión sexual y transensualismo. En Revista digital *Litoral. École Lacanienne De Psychanalyse*, N°33. Recuperado el 26 de febrero 2021 de: <http://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/Litoral-33.pdf>
- Tajer, D. (2022) Algunas consideraciones éticas y clínicas sobre las infancias trans. En Meler, I. (2022) *Psicoanálisis y Género: escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. 1ra ed. 1ª reimp. (pp. 277-295) Buenos Aires: Paidós.
- Tajer, D. (2000) *Psicoanálisis y Género: Debates en el foro*. Buenos Aires <https://apunty.com/doc/tajer-psicoanalisis-y-genero-debates-en-el-foro>
- Tajer, D. (2020). *Psicoanálisis para todxs*. Buenos Aires: Editorial Topía. Varela, N. (2008). *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Ediciones B.